

LA /E/ PARAGÓGICA

NINFA CRIADO
Universidad de Sevilla

Resumen

Mi investigación estudia el uso de la /e/ paragógica en la literatura española. Esta se da en la poesía épica, en el romancero y en la poesía popular. Considero que este hecho muestra que la /e/ final se mantuvo un largo tiempo en el español cantado, como ocurre actualmente en el francés.

Palabras clave: Paragoge, métrica, vocales finales.

Abstract

My research focuses on the use of the «paragogic /e/» throughout Spanish literature. This process appears in the Romancero as much as in Epic and Folk poetry. My conclusion is that this final 'e', preserved by the oral tradition, has occurred in Spanish for a long period, in a similar manner as it happens in French today.

Keywords: Paragogics, metrics, ending vowels.

No es infrecuente encontrar ejemplos de conservación de la /e/ final en la poesía popular:

Yo me iba, mi madre
A Ciudad Reale;
Errara yo el camino
En fuerte lugare

Este hecho ha merecido —que sepamos— escasa consideración de la crítica o de los especialistas en métrica, pese a tratarse de un evidente anacronismo, lo cual no quita para que la denominada paragoge se encuentre entre «las figuras que materialmente modifican las palabras», concepto que los ver-

sistas han tomado de la retórica con el fin de «hacer la oración más numerosa»¹.

Desde los clásicos estudios de Menéndez Pidal sabemos que la pérdida de la /e/ final se produce en el español a lo largo del siglo xi, aun cuando los primeros ejemplos de la misma se registran mucho antes. El español no es la única lengua romance en la que se produce esta evolución fonética, ocurre también en el leonés, en el aragonés y, con mayor intensidad, en las lenguas galo romances, incluido el catalán. En el español la pérdida de /e/ final se da cuando a esta le preceden unas determinadas consonantes —/n/, /r/, /s/, /l/, /d/ y la actual /θ/—. A esta pérdida hay que sumar la denominada «pérdida extrema» que se produce ante cualquier consonante, incluso formando grupo. Este hecho, de raigambre popular, aunque con un indudable influjo culto de origen francés, se da entre los siglos xi y xiii. En la segunda mitad del siglo xiii la lengua literaria y especialmente la lengua culta o cortesana evita esta pérdida extrema.

Esta pequeña introducción era necesaria para resaltar que en los primeros textos literarios conservados, del siglo xii, nos encontramos ya con una situación aparentemente contradictoria: frente a la pérdida «normal» de /e/ que podemos observar en el *Auto de los Reyes Magos*² y en la *Disputa del alma y el cuerpo*, el *Poema de Mio Cid* presenta, junto a la pérdida extrema, una tendencia a la conservación de /e/ final. Es decir: frente a *nuef, mont*, etc., las rimas confirman el mantenimiento de -/e/.

Bien es verdad que un copista del siglo xiii o del xiv —sea Per Abad u otro— modificó el «texto» originario adecuando la norma lingüística a la de la época al suprimir las /e/ finales, con lo que las rimas son imperfectas, al rimar, por ejemplo:

Myo Cid Roy Díaz por Burgos entró,
 En su compañía sessenta **pendones**,
 Exien lo uer mugieres et **uarones**,
 Burgeses et burgesas por las finiestras son
 Plorando de los oios, tanto auyen el dolor,
 De las sus bocas todos dizian una rrazon:
 ¡Dios qué buen vassalo, si ouiesse buen señor!
 (Vv. 15-20)

¹ Cito por Mayans, por poner un solo ejemplo. Cf. G. Mayans y Siscar, *Obras completas. II. Retórica*, Valencia, 1984, la cita en la pág. 479.

² Bien es verdad que el *Auto* conserva la -e en *bine* 'bien' (vv. 10, 38, 50, 57 y 101) y en *pace* (vv. 24 y 85), pero son las únicas excepciones y podría tratarse de mozarabismos, pero es este tema en el que no podemos entrar.

Donde, si tenemos en cuenta el carácter monorrímo del poema, cabría esperar *entróe, sone, dolore y señore*.

No cabe duda de que el poema originario mantenía la /e/ final, al menos en la rima. Esta misma situación es la que reflejan los poemas épicos conservados fragmentariamente, como *Los siete infantes de Salas*, en donde encontramos por ejemplo:

Besó la cabeza con lágrimas e púsola en su lugar
 E la de Goncalo Goncaloz, su fijo menor, fue tomar,
 Mesando sus cabellos, faziendo duelo **grande**:
 Fijo Goncalo Goncaloz, a vos amava más vuestra **madre**.
 Las vuestras buenas mañas ¡quí las podría **contare?**,
 Buen amigo para amigos e para señor **leale**;
 Conoscedor de derecho, amávades lo judgar
 En armas esforcado, a los vuestros franquear.
 (Vv. 148-155)

Puede observarse que el prosificador de 1344 que recogió el poema ha suprimido algunas de las /e/ finales, pero ha conservado otras. Mayor conservación presenta el *Roncesvalles*, en donde el manuscrito del XIV ha mantenido casi todas las vocales finales primitivas:

El rey quando lo ujdo, oit lo que faze,
 Ariba alcó las manos por las barbas tyrare
 Por las barbas florjdas bermeja sayllja la sangre;
 Exa ora el buen Rey oit lo que dirade,
 Diz: ¡Muerto es mjo sobryno, el buen de don Roldane!
 Aquj veo atal cosa que nuca vj tan grande;
 Io era pora morjr, et uos pora escapare.
 (Vv. 30-36)

Parece ser que la conservación de /e/ final es una «característica» de los cantares de gesta, sean estos del siglo que sean, frente a lo que ocurre en el resto de la producción poética de los siglos XII y XIII. Efectivamente ni los debates ni los poemas del mester de clerecía mantienen restos de la vieja /e/ final.

Dice Diego Catalán en su reciente libro dedicado a la épica³ que «el empleo de la llamada ‘-e paragógica’ durante un período de la lengua en que la norma es la apócope de la -e final latina se explica como una pervivencia en el género épico de un sistema de asonancias nacido en tiempos anteriores, cuando la lengua romance de Navarra, Castilla y León mantenía

³ *La épica española. Nueva documentación y nueva evaluación*, Madrid, 2000. Libro imprescindible.

por lo común la *-e* latina e incluso generaba, como reacción a su incipiente pérdida, usos antietimológicos de *-e* final de palabra, esto es, en una época (siglos x-xi) en que documentan abundantemente formas *mediadade, fartare, vece, leonese, yuntacione*, etc., y ultracorrecciones como *alfoce, stane, matode*, etcétera»⁴.

Más adelante, al hablar del *Roncesvalles*, dice que el poema emplea «el recurso de pronunciar las voces agudas con *-e* o *-de* paragógicas, contra el uso de la lengua común en el siglo xiii [...], según era norma en otras gestas españolas (y continuaría siéndolo en los romances viejos)»⁵.

Pocos hay ya que duden que los romances son los continuadores de los viejos poemas épicos, por lo que no es de extrañar que en ellos se encuentre también este rasgo ‘arcaizante’, y más cuando parece que es sobre todo en los romances viejos, en los de tema épico, en los que hay una mayor abundancia de /e/ final conservada, como veremos.

Así ocurre, por poner algunos ejemplos, en la *Silva de varios romances*, de 1561⁶, la *Flor Nueva de Romances viejos* de Menéndez Pidal (1938) y la antología de G. Di Stefano⁷. En la *Silva* hay once romances con rima con *-e* ‘paragógica’; en el libro de don Ramón sólo hay seis poemas con mantenimiento de /e/ final, cuatro de ellos procedentes de poemas épicos: uno del ciclo de Roncesvalles⁸ —Romance de la muerte de don Beltrán—, uno de los infantes de Lara —el romance cuarto de la Historia de los siete infantes de Lara—, dos del Cid —el tercero y el veintiuno— y dos romances fronterizos —Moriana la cautiva y La mora Moraima—. En Di Stefano hay dieciséis: dos noticieros⁹, cuatro novelescos trovadorescos, cuatro épico-novelescos nacionales, y cuatro épico-novelescos extranjeros¹⁰.

Lo más interesante es que en muchos de estos poemas ocurre lo mismo que veíamos en los poemas épicos: el copista ha suprimido las viejas vocales, rompiendo la rima; así en el de la muerte de don Beltrán, las primeras rimas son:

Con la grande polvareda
y nunca lo echaron menos
Siete veces echan suertes

perdieron a don Beltrán
hasta los puertos pasar.
quién lo volverá a buscar

⁴ *Ob. cit.*, págs. 418-419.

⁵ *Ob. cit.*, pág. 533.

⁶ Editada en facsímil por A. Rodríguez Moñino, Valencia, Castalia, 1953.

⁷ *El romancero*, ed. Narcea, Madrid, 1973.

⁸ Citamos por el título que aparece en el índice del libro.

⁹ Sigo la clasificación del filólogo italiano.

¹⁰ Son veintiuno en la edición de Taurus, 1993. Claro es que la antología es mayor: 161 romances frente a 125 de la edición de Narcea.

todas siete le cupieron	al buen viejo de su padre :
las tres le caben por suerte	y las cuatro por maldad:
—Que me toque o no me toque,	yo a mi hijo he de vengar.
Vuelve riendas al caballo	para haberlo de buscar.
Por la matanza va el viejo,	por la matanza adelante ;
los brazos lleva cansados	de los muertos rodear ¹¹ :

En este ejemplo sólo los restos de *padre* y *adelante*, en los que evidentemente la /e/ no se puede suprimir, nos permiten conocer que las demás palabras en rima mantenían la vocal final.

Lo mismo cabe decir del de los infantes de Lara:

Pártese el moro Alicante	víspera de San Cebrián;
ocho cabezas llevaba,	todas de hombres de alta sangre .
Sábelo el rey Almanzor,	a recibírselo sale ;
aunque perdió muchos moros	piensa en esto bien ganar.
Mandara hacer un tablado	para mejor los mirar;
mandó traer un cristiano	que estaba en captividad,
como ante sí lo trujeron	empezóle de hablar;
díjole: —Gonzalo Guztios,	mira quien conocerás;
que lidiaron mis poderes	en el campo de Almenar,
sacaron ocho cabezas,	todas son de gran linaje ¹²

Los ejemplos se podrían multiplicar. Baste aducir lo que dice Di Stefano en nota a su romance 14¹³ al comentar la forma rimática **recordade**: «la -e paragógica que hallamos en éste y en otros cuatro vv., puede que se extendiera primitivamente a todo el texto» (pág. 155). Es muy probable.

Así pues, en los romances de tema épico quedan abundantes restos de la -e conservada. Además de los citados, mencionaremos los romances del ciclo de Fernán González denominados por Menéndez Pidal¹⁴ 2a y 2b —ambos del siglo xvi— y el 2d, del siglo xvii¹⁵, en los que sólo hay restos de rima en o-e, ya que generalmente se ha suprimido la vocal final. En el ciclo de los Infantes de Lara, hay varias versiones con la vocal final conservada¹⁶. En el ciclo de Bernardo del Carpio¹⁷, hay restos de rima en a-e en las versiones 1a, 1b y 1c, las tres del siglo xvi¹⁸. En esta última —un

¹¹ *Flor nueva*, págs. 108-109.

¹² *Flor nueva*, págs. 140-141.

¹³ Es el romance de Melisenda que comienza por «Todas las gentes dormían en las que Dios había parte».

¹⁴ *Romancero tradicional*, II, Madrid, Gredos, 1963.

¹⁵ *Ob. cit.*, págs. 18-20.

¹⁶ *Ob. cit.*, págs. 132, 136-144.

¹⁷ *Romancero tradicional*, I, Madrid, Gredos, 1957.

¹⁸ *Ob. cit.*, págs. 153-156.

manuscrito de la Biblioteca Nacional— sólo se conserva en el siguiente verso:

Acordásete devía de aquella de Roncesvalles (v. 17)

Evidentemente el copista pudo suprimir sin ninguna dificultad las /e/ finales de verbos y sustantivos, pero era imposible suprimir la del topónimo, rompiendo la rima del romance y dejándonos la huella de la vieja rima.

En cambio no los hay del ciclo del rey Rodrigo, pues el único ejemplo con -e final, el recogido por Gabriel Lobo Lasso de la Vega en 1601¹⁹, tiene rima en e-a, por lo que las voces como *honore*, *señore*, *malfechore*, *intencione*, de los versos impares, aunque se dan al final de verso, no forman parte de la rima, por lo que es mera imitación, a modo de la fable, del lenguaje medieval, como ocurre también en algunas obras de Vélez de Guevara e incluso de Lope de Vega.

Fuera de la tradición del Siglo de Oro, en el romancero judeoespañol de Marruecos²⁰ encontramos también una respetable cantidad de romances con la -e conservada, la mayoría de origen épico, así ocurre en *Delante del rey León* (pág. 32) o *El buen Cidi* (pág. 180), o los de origen francés como *Doña Alda* (pág. 57), *Armas, armas, caballeros* (pág. 60), *Juliana* (pág. 63), *Belisera* (pág. 69), *Bueso y el huervo* (pág. 187), etc. El único que parece no provenir de la épica es el de *Preñada estaba la reina* (pág. 200).

Pero si esto era casi esperable, no lo es tanto que la /e/ final se mantenga en romances tradicionales de época posterior, como el inspirado en el prior de San Juan, de hacia 1328, estudiado por Diego Catalán²¹:

Don Rodrigo de Padilla	aque! que Dios perdonasse ,
tomara al rey por la mano	y apartolo en puridade :
—Un castillo esta en Consuegra	quen el mundo no lo hay tale ,
mas vale para vos el rey	que para el prior de Sant Juan ²²

Como ocurría con los otros romances, el recopilador ha eliminado casi todas las rimas conservadoras, y sólo de tanto en tanto estas aparecen²³. Otro ejemplo similar estudia Catalán de un romance noticiario de mediados del

¹⁹ Para la obra *vid. ob. cit.*, pág. 133. Menéndez Pidal lo incluye dentro de los romances artificiosos, y sin duda lo es.

²⁰ Manejo la recopilación de P. Bénichou, Madrid, Castalia, 1968.

²¹ *Siete siglos de romancero*, Madrid, 1969.

²² *Ob. cit.*, págs. 17-20.

²³ De los 104 versos que recoge la *Segunda parte de la silva de varios Romances* (Zaragoza 1550) sólo en seis versos hay conservación de /e/. Menos aún en la versión de un pliego suelto de la biblioteca de El Escorial, que sólo presenta la /e/ en el segundo verso.

siglo XIV: se trata del «romance de los jaboneros» recogido por Sá de Miranda²⁴:

A ellos, compadre, a ellos que ellos xaboneros **son**e

Interesante es notar que lo mismo sucede en los romances no «épicos»; así en el romance fronterizo de la mora Moraima las primeras rimas son:

<p>Yo me era mora Moraima, cristiano vino a mi puerta Hablóme en algarabía, —Abrasme la puerta, mora, —¿Cómo te abriré, mezquina, —Yo soy el moro Mazote, Que un cristiano dejó muerto, si no me abres tú, mi vida,</p>	<p>morilla de un bel catar; cuitada por me engañar. como aquel que la bien sabe: sí Alá te guarde de mal. que no sé quién te serás? hermano de la tu madre, tras mí venía el alcalde: aquí me verás matar²⁵.</p>
---	--

Pero no sólo encontramos la -e final en los temas épicos y los históricos de origen medieval; en el tomo IV del *Romancero tradicional* de Menéndez Pidal²⁶, tenemos varios ejemplos con la -e final conservada en versiones actuales del romance de La Condesita. El romance generalmente tiene rima en -á, pero algún verso remite a una primitiva rima en -a-e, así en las versiones 57, 58 y 70²⁷ aparece en rima el verbo *trae*, en las 59, 60, 68 y 70²⁸ *cae*. En tres más de Zamora —las versiones 74, 76 y 77²⁹— son varias las rimas en -a-e conservadas. Bien es verdad³⁰ que estos casos pueden explicarse como dialectalismos, pues la -e final se conserva tras /d/, /l/ y /r/ en amplias zonas del oeste leonés, incluida Sanabria, pero la versión 151 de Aldealengua, Segovia, presenta en rima *buscare*, *andare*, *llamare* y *trae* (vv. 10, 20, 23 y 25), en donde es imposible el dialectalismo.

Del ciclo de «La vuelta del caminante» sólo tenemos una versión gallega³¹ de Cuñas, Orense, con conservación sistemática de la -e final³².

De fines del siglo XV es al parecer el famoso romance del Conde Dirlos, cuyas versiones primeras, del siglo XVI, presentan todas la conservación de -e

²⁴ *Siete siglos, cit.*, pág. 57.

²⁵ *Flor nueva*, pág. 282.

²⁶ Madrid, Gredos, 1970.

²⁷ Respectivamente de Puente de Alba (León), Valporquero (León) y S. Ciprián de Sanabria (Zamora).

²⁸ Respectivamente Burgos (León), Robledo de Torío (León), La Bañeza (León) y S. Ciprián de Sanabria (Zamora).

²⁹ Respectivamente de Ribadelago, Uña de Quintana y Nuez.

³⁰ Como me advierte Manuel Ariza.

³¹ La lengua es fundamentalmente castellana, con algún galleguismo, como *falare*.

³² *Romancero tradicional*, III, Madrid, Gredos, 1969, págs. 56-57.

final³³, pero ya hay algún pliego suelto que tiende a suprimirla³⁴. En fin, los ejemplos se podrían multiplicar.

Hace ya tiempo, don Rafael Lapesa habló de este hecho con su proverbial maestría:

La recitación de gestas y romances conservaba la vocal final latina de *mortalidade, ciudade, braçale, alçare, pregutare, señore, emperadore, razione* y sus similares, que de este modo podían ser asonantes de *sangre, grande, sacastes*, o de *pendones, varones*, etc. En series de asonantes así constituidas entraban también palabras o formas que no tenían *-e* final etimológica, pero que la recibían como licencia habitual de las rimas; así *están, son, allá* pasaban a *estane, sone, alláe*, y *dirá, tomó* aparecían como *dirade, tomove*. La *-e* final se halla escrita en unos textos, como el *Roncesvalles*, el fragmento de los Infantes de Salas inserto en la Interpolación de la *Tercera Crónica General*, y en muchas versiones de romances impresas en el siglo XVI. Otros textos, como el *Cantar de Mio Cid*, la transcriben sólo excepcionalmente o la omiten por completo, aunque las rimas la exijan. En la tradición romanística moderna parece que la *-e* final seguía pronunciándose en Andalucía hace un siglo; entre los judíos sefardíes subsiste en la actualidad. [...] Dado el tenaz conservadurismo del romancero judeo-español, no sorprende encontrar en él rimas como *voluntade, finare, mare, calcañale, reale*; pero sí que el romance morisco «Por la calle de su dama/ se pasea el moro Zaide», procedente de los bien conocidos con que Lope de Vega disfrababa sus amores con Elena Osorio, asuene *tempestade* con *sale, hablarle y Zaide*. Después de 1588, cuando hacía quinientos años que la *-e* final de *herdade, voluntade* había quedado fuera del habla general, la tradición artística romanceril acuñó un *tempestade* cuya versión originaria no la tenía. No nos admiremos demasiado: la métrica, la recitación y el canto francés conservan la *-e* enmudecida en la pronunciación corriente desde hace siglos³⁵.

Creemos que el romance morisco al que se refiere don Rafael se trata de la versión del romance de la Condesita publicada por A. Durán³⁶.

Ahora bien, resulta que también en la poesía tradicional encontramos este rasgo conservador. Para nuestro estudio hemos examinado los poemas tradicionales recopilados por Julio Cejador³⁷ y la recopilación de M. Frenk³⁸.

³³ *Idem*, págs. 69 y ss.

³⁴ Como el III.2 del *Romancero tradicional*, III, pág. 90.

³⁵ R. Lapesa: «La lengua de la poesía épica en los cantares de gesta y en el romancero viejo», en *De la Edad Media a nuestros días*, Madrid, 1967. La cita en las págs. 14-16.

³⁶ Reproducida por Diego Catalán en el tomo V del *Romancero tradicional*, Madrid, Gredos, 1971-72, pág. 219.

³⁷ *La verdadera poesía castellana*, manejamos la reedición de Arco Libros, Madrid, 1987.

³⁸ *Corpus de la antigua lírica popular hispánica*, Madrid, Castalia, 1987.

En ellos son numerosas las cancioncillas en las que la /e/ se mantiene. Algunas proceden del romancero, como la siguiente³⁹:

Que por mayo era, por mayo
 Cuando los grandes calores,
 Cuando los enamorados
 Van a servir a sus amores,
 Sino triste yo, mezquino,
 Que yago en estas prisiones,
 Que ni sé cuándo es de día,
 Ni menos cuándo es de noche,
 Sino por una avecilla
 Que me cantaba al **albore**:
 Matómela un balletero,
 ¡Dele Dios mal **galardone**!
 (*Cancionero general*)

Y, en consecuencia, es posible considerar que sus vocales finales conservadas provengan de la imitación de los romances viejos. Lo mismo cabe decir del siguiente cantar infantil:

¡Hola!, lirón, lirón,
 ¿de dónde venís de **andare**?
 ¡Hola!, lirón, lirón,
 De San Pedro el **altare**.
 ¿Qué os dijo don **Roldane**?
 Que no debéis de **pasare**:
 Quebradas son las puentes,
 Mandadlas **adobare**.
 No tenemos dineros
 Nosotros los daremos.
 ¿de qué son los dineros?
 De cáscaras de huevos.
 ¿En qué los contaremos?
 En tablas y tableros.
 ¿Qué nos daréis en precio?
 Un amor verdadero⁴⁰.

Muchas sólo conservan la -e final en el estribillo, como este cantar de Lope de Vega:

Venga con el día,
 Venga María,

³⁹ Tomo II, n.º 1324, pág. 220.

⁴⁰ Tomo II, n.º 1160, págs. 67-68. Entremeses del siglo XVII. Cejador dice que aún se cantaba en 1921.

Y con el **albore**
Jesús y el **sole**⁴¹

o esta otra de Alonso de Ledesma

Yo me iba, madre,
Con el mundo a **holgare**:
—Mentira.
Pero sus holguras
Todas son azares:
Verdade⁴².

Alguna hay que la *-e* del estribillo se continúa en toda la composición, como la siguiente de Juan de Timoneda:

Zagala ¿dó está tu **amore**?
—Yo me sé dónde.
Sí goces de tu **zurrone**
Y de tu rueca de encino,
Di, no me tengas mohino,
¿dó está puesta tu **aficione**?
¿dó está puesta tu **aficione**?
—*Yo me sé dónde*.
Al desamado **garzone**
Dale luego despedida
Y declara por tu vida
¿dónde está tu **corazone**?
¿dónde está tu **corazone**?
—Yo me sé dónde⁴³.

Lo mismo ocurre con la siguiente de Valdivielso:

Yo me iba, mi madre,
a Ciudad Reale:
errara yo el camino
*en fuerte **lugare**.*
Salí peregrino
De en cas de mi madre,
Topé dos caminos
Del bien y del **male**.
Para mi **adalide**
Hallara la verdade,
Yo fuí su Tobías,

⁴¹ *La vuelta a Egipto*, Cejador, IX, pág. 41

⁴² *Juegos de noches buenas*, 1605, Cejador, IX, págs. 112-113.

⁴³ *Anfitrión*, Cejador, IX, págs. 126-127.

Ella fué mi ángel.
 Ví la penitencia,
 Dejela cobarde
 Y seguí perdido
 Mundo, diablo y carne.
 Con mil falsos gustos
 Mal vino y mal **pane**,
 Quisieron por postre
 Herirme y robarme.
 Quedé medio muerto,
 Ninguno me vale,
 Vase el sacerdote,
 El levita vase.
Errara yo el camino
 En fuerte **lugare**⁴⁴.

Este romance fue muy conocido en el Siglo de Oro; Menéndez Pidal especifica que debió componerse antes de 1420⁴⁵ y cita tres obras en las que Lope de Vega lo recoge.

Quizá también provenga del romancero la canción recogida en el Vocabulario de Correas:

Catalina, Catalina,
 Mucho me cuesta el tu **amore**:
 Tras mí viene la xustizia,
 También el **correxidore**⁴⁶.

En otras es clara la alternancia, como en esta canción recogida por Gil Vicente entre el *rosal* del primer verso y el *rosale* de la rima:

Del rosal vengo, mi madre,
 Vengo del **rosale**⁴⁷.

Incluso alguna hay en la que también podemos rastrear ejemplos no de mantenimiento de /-e/, sino de /-e/ antietimológica, como en el *dose* del primer verso del estribillo del siguiente poema:

De las dos hermanas, dose
Válame la gala de la menore.
 La menor es más galana,

⁴⁴ *El peregrino*, Cejador, III, págs. 330-331. Cejador dice que es «villancico antiguo de camino, desenvuelto a lo divino».

⁴⁵ *Estudios sobre el romancero*, Madrid, 1973, pág. 369.

⁴⁶ Frenk, *cit.*, pág. 168.

⁴⁷ Frenk, *cit.*, pág. 143.

Más pulida y más lozana:

Mata y sana.

*Válame la gala de la **menore**,*

*De las dos hermanas, **dose***

(Juan Vázquez: *Villancicos y canciones*, 1551)⁴⁸

o en el verbo *haber* del siguiente:

El mi corazón, madre,

Robado me le **hane**⁴⁹

o en la negación de Salinas:

—¿Si jugaste anoche, **amore**?

—Bon, señora, **none**⁵⁰.

Otros ejemplos no son pertinentes. Así el siguiente de Tirso, también en estribillo:

Viva Félix **felice**

De los mozos rey,

Que la pascua de Reyes

ya de flores es.

(Tirso: *La elección por la virtud*)⁵¹

En primer lugar porque *felice* no está en rima, en segundo lugar porque es forma de uso habitual al menos en el teatro del xvii e incluso más tarde⁵². Recordemos el calderoniano —«Ay mísero de mí, ay infelice»—, en tercer lugar porque parece ser un latinismo o italianismo del siglo xvi⁵³, según se desprende de los datos ofrecidos por Corominas-Pascual.

De la misma manera hay que desechar los varios *trébole* que recoge Cejador en el estribillo de varias canciones y que emplean también Tirso y Lope:

¡Trébole, ay Jesús, cómo huele!

¡trébole, ay Jesús, qué olor!⁵⁴

⁴⁸ Cejador, III, págs. 117-118. Recogido también por M. Frenk, *ob. cit.*, pág. 44.

⁴⁹ Frenk, *cit.*, págs. 114-115.

⁵⁰ Frenk, *cit.*, pág. 266.

⁵¹ Cejador, III, págs. 319-320.

⁵² En el CORDE hay 20 casos en ocho documentos del siglo xviii y 45 casos en 21 documentos del siglo xix.

⁵³ Agradezco Manuel Ariza su ayuda en este punto de mi trabajo.

⁵⁴ Cejador, III, págs. 306-307. Las de Lope en IX, págs. 317-318. En el CORDE hay otro ejemplo de este mismo estribillo en J. De Valdivielso, *El villano en su rincón*.

No es de extrañar porque al parecer el nombre de esta planta se introduce tardíamente en castellano y al principio —Nebrija— mantenía la /-e/. Quizá por este hecho se siga manteniendo en las canciones populares, que yo recuerdo haber cantado de pequeña:

Al pasar el trébole, el trébole, el trébole,
Al pasar el trébole las noches de San Juan...

Hurtado recoge otra variante:

A coger el trébole, el trébole, el trébole,
A coger el trébole que mis amores van...⁵⁵

Algún ejemplo parece haber de mantenimiento de -e al final de verso sin que esté en estructura de rima, como en la siguiente estrofa del *Cancionero musical de la Colombina*:

Viñadero malo
Prenda me pedía,
Dile yo un **cordone**,
Dile mi camisa.
Malo es de guardar⁵⁶.

En fin, con estos solos ejemplos podemos observar cómo no es rara la conservación de -e en la lírica tradicional.

No hay forma de saber la fecha de composición de estos poemas, algunos sabemos que son del siglo xv al menos. Es posible que muchos procedan de la Edad Media. Pero no es admisible pensar que este mantenimiento vocálico sea indicio de que los poemas procedan del siglo xi o antes. ¿De dónde procede, pues, esta reliquia fónica? Sería posible pensar en un contagio de las rimas conservadoras de los viejos romances tradicionales, similares a las que emplean Lope de Vega y otros autores áureos; de hecho se ha señalado frecuentemente los contagios de la lírica tradicional y el romancero⁵⁷, y en algún caso, como el citado puede ser verdad.

Pero retornemos al principio. La conservación de la -e final en *coraçone*, *male*, etc. puede ser considerada como un resto de la vieja /e/ final de origen latino, por más que esta caiga —como ya dijimos— en el siglo xi y nuestros más viejos poemas épicos no parezcan ser tan antiguos. Pero aun así, ¿cómo

⁵⁵ J. Hurtado, *100 cantos populares asturianos*, 1890.

⁵⁶ Frenk, *cit.*, pág. 150.

⁵⁷ *Vid.*, por ejemplo, un buen resumen en M. Frenk, «El romancero y la antigua lírica popular», en Pedro M. Piñero (ed.), *La eterna agonía del romancero. Homenaje a Paul Bénichou*, Sevilla, Fundación Machado, 2001, págs. 39-54.

explicar la -e antietimológica? No es posible pensar en una ultracorrección arcaizante en época tan primitiva, por lo que, en todo caso, se trataría de una licencia poética, de un uso permisivo de la poesía.

La conservación de este rasgo en el romancero no es de extrañar, y más cuando comprobamos que la conservación de -e se da especialmente en los romances épicos. Que por imitación de estos se extienda a otros romances históricos y noticieros, tampoco es raro habida cuenta del extraordinario formularismo lingüístico del romancero.

Pero ¿y la lírica popular?, por muy medievales que sean sus orígenes y por mucha que sea la relación con el romancero no parece aceptable el mismo origen. Creemos que la explicación está implícita en las palabras del profesor Lapesa al hacer referencia a la lengua francesa: la épica, el romancero y la lírica tradicional tenían un punto en común: todos ellos se cantaban, y, de la misma que todavía hoy se conserva la -e final en el francés cantado, lo mismo debió ocurrir en el español primitivo, quizá hasta fines de la Edad Media, lo que explica que se haya conservado en tres tipos de composiciones cantadas, las tres de entronque medieval.